

Sobre héroes y tumbas: 10 de diciembre, un día de muertos

Invitado
Javier Hernández Valencia*

2011-12-10•Tendencias

Con motivo del Día Internacional de los Derechos Humanos se repasan los avances alcanzados en la materia y los retos y riesgos que enfrenta el país en el futuro cercano.



La ejecución del activista Trinidad de la Cruz amenaza los logros obtenidos en el pasado. Foto: Notimex

Cada vez que llegamos a la fecha en que se conmemora el Día Internacional de los Derechos Humanos —efemérides de la fecha de adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos hace 63 años— me debato en el dilema recurrente de afirmar y valorar lo avanzado en el camino o subrayar y alertar los retos y riesgos del tramo por delante.

Y veo el año transitado sin poder dejar de recordar que se abrió con el signo trágico del asesinato de Marisela Escobedo y culmina con el indignante secuestro y muerte de Trinidad de la Cruz. Ella nos dejó el legado de su incansable lucha por obtener justicia a lado de tantas valientes y valerosas mujeres de Chihuahua. Él nos inspiró desde su avanzada edad y su condición de comunero nahua a abrazar la causa de su pueblo, Santa María Ostula, con entrega y persistencia.

Con ellos hemos perdido a tantas y tantos en el movimiento social, en las asociaciones de víctimas, en las salas de noticias, cada vez de manera más frecuente, cada vez de manera más indignante.

La Oficina en México de la alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ONU-DH) ha puesto en el norte de su agenda para el país visibilizar la situación de quienes defienden los derechos humanos resaltando, además de su legítima labor, el aporte que hacen para avanzar en la articulación e incidencia de las políticas públicas y el desarrollo democrático de la sociedad mexicana, materializando como pocos el sentido y contenido de la “Declaración de las Naciones Unidas sobre el derecho y el deber de los individuos, los grupos y las instituciones de promover y proteger los derechos humanos y las libertades fundamentales universalmente reconocidos” (mejor conocida como la “Declaración sobre los Defensores de los Derechos Humanos”): “son el motor que contribuye a cerrar la brecha entre las palabras escritas en los tratados internacionales y nuestra realidad cotidiana”, dijo la alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, la señora Navi Pillay, en su reciente visita a México.

Desde ese marco, vemos la urgencia de implementar medidas eficaces de prevención, protección, justicia y reparación para las y los defensores víctimas de abusos y violaciones a los derechos humanos como una línea de base obvia para impulsar la puesta en práctica de otras políticas destinadas a otros grupos en situación de especial vulnerabilidad. Es un mensaje constante, y cabe decirlo, apremiante, que subrayamos en todas y cada una de nuestras actividades y documentos.

Pero nos confrontamos demasiadas veces y demasiado tiempo a una falta de entendimiento de la labor de las y los defensores. Vemos postergarse la acción, y dilatarse la implementación. Comprobamos que las condiciones adversas para el trabajo de defensa de los derechos humanos se acentúan. Súbitos accidentes nos arrebatan aliados de importancia y pareciera que todo se desbarata. En ese camino seguimos documentando y denunciando agresiones, amenazas y uso perniciosos del sistema penal contra las y los activistas y periodistas, ataques a sus centros de trabajo, secuestros, desapariciones forzadas y asesinatos.

Se trata, por tanto, de un 10 de diciembre especial, que evoca remembranzas más amargas que dulces y que no obstante nos ratifica en la razón incólume de conmemorar, firmes al lado de quienes defienden los derechos humanos, el poderoso sentido de solidaridad que se refleja en el poema “Masa” del gran César Vallejo: “Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,/clamando: “¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”/Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo./Le rodearon millones de individuos,/con un ruego común: “¡Quédate, hermano!”/Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo./Entonces, todos los hombres de la tierra/le rodearon; les vió el cadáver triste, emocionado;/incorporóse lentamente,/abrazó al primer hombre; echóse a andar...”

***Representante en México de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.**